

COMENTARIOS A LAS PONENCIAS
DE RICHARD LANGHORNE Y
CHRISTOPHER SCHMIDT-NOWARA

Comments

John S. ICKRINGILL

Department of History, University of Belfast, Irlanda del Norte.

Elena HERNÁNDEZ SANDOICA

*Departamento de Historia Contemporánea,
Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense.*

BIBLID [(1999) 17; 53-63]

Pese a que los trabajos de Schmidt-Nowara y de Langhorne hacen referencia a muchos aspectos de carácter específico y concreto, también dan pie a una serie de comentarios de índole mucho más general, al igual que ocurre con el tema global de este simposio. Este breve comentario se centrará en alguno de esos temas más amplios que suscita la lectura de las dos ponencias en cuestión, si bien se ocupará igualmente de algunos de los aspectos más concretos que en ellas se plantean.

Aunque con matices divergentes, ambas ponencias podrían calificarse de post-coloniales. El trabajo de Schmidt-Nowara asume tal perspectiva de manera abierta y la formula teóricamente, mientras que el de Langhorne lo hace de forma menos explícita. Contemplados desde la perspectiva del actual cambio de siglo, resulta evidente que las grandes potencias de hace cien años, con su extensión territorial relativamente pequeña y sus grandes imperios coloniales, fracasaron en su intento de perpetuar su pujanza geopolítica. No cabe duda de que, durante buena parte de la segunda mitad de nuestro siglo, las grandes potencias mundiales han sido dos estados dotados de una gran extensión territorial continua. Aparentemente, las posesiones ultramarinas, por más que hayan podido resultar de utilidad a corto plazo, han reportado pocos beneficios a la larga. No obstante, conviene tener en mente

que tales argumentos poseen un carácter más empírico que teórico. Su línea de razonamiento vendría a ser la siguiente: en la segunda mitad del siglo XX, dos potencias dotadas de una amplia extensión territorial continua han dominado el mundo, mientras que aquéllas que disponían de imperios ultramarinos y que, en tiempos, habían disfrutado de una posición dominante, han terminado por perderla. De ello se deduciría que contar con un amplio número de posesiones dispersas no contribuye a mantener una posición hegemónica y que, finalmente, los grandes imperios ultramarinos acabaron por resultar irrelevantes.

A este respecto quizá resulte útil y pertinente hacer mención de al menos un caso concreto. En 1898 se producía la anexión de Hawai a los Estados Unidos y, un poco más avanzado aquel mismo año, las Filipinas se integraban en un imperio ultramarino norteamericano formalmente constituido. La existencia de tal imperio sería efímera y nunca alcanzaría la relevancia que tuvieron, por ejemplo, los imperios británico y francés. No obstante, el proceso que otorgó a los Estados Unidos, primero el status de potencia en el Pacífico y, finalmente, el de potencia mundial, está íntimamente ligado a este breve período de colonialismo limitado. Aun a riesgo de resultar en exceso simplista, se podría decir que la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial —una circunstancia que aceleró sobremanera el proceso que había de hacer los Estados Unidos una gran potencia— estuvo estrechamente unida al pasajero entusiasmo que tal nación sintió por las posesiones de Ultramar. Hay buenas razones para creer que, de haber mantenido los Estados Unidos su carácter de mera unión territorial continua, el proceso que condujo a su consagración como potencia mundial se habría retrasado de forma significativa y con consecuencias impredecibles.

También se puede argumentar que tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética estaban imbuidos de unas ideologías que justificaban sus ambiciones hegemónicas y que, por lo tanto, les impulsaban hacia la obtención de una posición de poder. En el caso de la Unión Soviética resulta evidente que era así, puesto que el marxismo-leninismo poseía —o decía poseer— una visión del mundo coherente y la ambición de alcanzar un cambio revolucionario. El caso norteamericano puede que no resulte tan obvio, pero lo cierto es que tanto los líderes como los polemistas de aquel país sostenían que los valores norteamericanos tenían carácter universal y, en consecuencia, eran tan válidos en Saigón como en Santa Mónica. Por lo tanto, estos dos enfoques rivales coincidían en asumir tanto el carácter esencialmente verdadero de sus respectivas doctrinas como su aplicabilidad a escala internacional.

Schmidt-Nowara centra su interés en el Mito Liberal del Imperio. Lo cierto es que, como demuestra Langhorne, fueran o no liberales, los mitos imperiales no han resultado muy eficaces. En tal sentido se podría decir que Schmidt-Nowara se ocupa de otra “doctrina universal” que fracasó. Su trabajo pone de manifiesto hasta qué punto el pasado colonial gravita sobre el presente post-colonial; algo que, sin duda, posee una serie de implicaciones que van más allá de una determinada óptica, percepción o “mito” imperial. Por su parte, Langhorne también se muestra

muy interesado, quizás de manera esencial, en el Imperialismo y en la manera en que han ido cambiando las actitudes respecto al Estado con el tiempo. De ambos historiadores se puede decir que, aunque indudablemente provienen de tradiciones que divergen sobre la manera de percibir, o de determinar cómo se ha de percibir, el pasado, coinciden, no obstante, en su curiosidad por los procesos que afectan a nuestra percepción del mismo.

Langhorne hace especial hincapié en la influencia que los cambios más recientes han tenido en nuestra forma de comprender el pasado. De entre ellos, el más evidente y al que Langhorne presta mayor atención es al fenómeno de la globalización económica. Al igual que John Dunning, considera que los Estados tienen que hacer frente a una realidad nueva que, probablemente, conducirá a su debilitamiento o, incluso, a su derrumbe. Para él —y, por supuesto, para muchos otros— los cambios objetivos que se están produciendo a escala global no sólo están transformando la realidad contemporánea, sino que el presente cambiante en que vivimos afecta igualmente a nuestra percepción del pasado. Por su parte, y aun a riesgo de repetirme, quisiera insistir en que Schmidt-Nowara parece sentirse especialmente interesado por las formulaciones “post-coloniales” de finales del siglo XX y que, en consecuencia, inserta su tema en tal marco interpretativo. En suma, cabría decir que ambos autores entienden que el punto de partida para comprender el pasado es la situación presente de un capitalismo a escala global. O, dicho de otro modo, ambos podrían ser calificados de historiadores liberales. Como es natural, se trata de un tipo de historiadores liberales mucho más sofisticado que el representado por aquellos otros que fueron objeto de los duros ataques de Herbert Butterfield antes de la Segunda Guerra Mundial, pero, no obstante, no creo andar desencaminado o pecar de injusto al aplicarles tal calificativo.

Ese grado de sofisticación al que he hecho referencia es patente en muchos casos. Por ejemplo, Langhorne pone de relieve cómo, a diferencia de lo que era la opinión más generalizada a la altura de 1945, la edad de las superpotencias no significó el inicio de un proceso sino su final. En otras palabras, nuestra comprensión de los grandes procesos históricos se ha visto afectada, no ligera sino radicalmente, por los acontecimientos que se han producido en los últimos cincuenta años. Nuestra situación actual nos permitiría comprender cuál es el verdadero curso de la historia mucho mejor de lo que podían hacerlo los analistas y observadores de 1945, por muy bien informados que estuvieran. O, por expresarlo con toda crudeza, tan sólo ahora estamos en condiciones de detectar las tendencias históricas dominantes. A diferencia de lo que era habitual entre los historiadores liberales pertenecientes a generaciones anteriores, los de hoy en día se abstienen de entonar cánticos de alabanza a las fuerzas hegemónicas y triunfantes, pero aún se sienten perfectamente capaces de reconocer a los ganadores. Ante todo esto, uno siente la tentación —que, sin duda, es preferible resistir— de preguntarse cómo de errados parecerán los planteamientos de los historiadores de 1998 dentro de dos generaciones. No debería sorprendernos descubrir que habíamos estado tan equivocados como nuestros predecesores. Al fin y al cabo, E. H. Carr, pese a haber sido

uno de los historiadores de la tradición anglosajona que ha reflexionado de manera más sistemática y minuciosa sobre la historia y sobre la profesión de historiador, sostenía, a finales de los 50, que una de las pocas certezas que se podían tener sobre el presente y sobre el futuro inmediato era que la tendencia dominante apuntaba hacia el colectivismo.

Es posible, sin embargo, que la inquietud que he expresado en las líneas anteriores no esté justificada. Después de todo, los autores en cuestión son historiadores muy sutiles y conscientes. No se mueven en ese terreno de las grandes certidumbres que era tan habitual entre muchos de los historiadores de las generaciones pasadas. Muy al contrario, son perfectamente conscientes de la necesidad de ser prudentes a la hora de emitir un juicio. Sin embargo, aunque tal inquietud puede no estar justificada, considero que, de todos modos, hay motivos para expresar ciertas reservas. Tales reservas o inquietudes derivan en última instancia de una preocupación por la forma en que comprendemos el pasado y el mundo contemporáneo. ¿No cabe la posibilidad de que tanto Langhorne como Schmidt-Nowara se muestren excesivamente dispuestos a conferir un carácter excepcional al proceso de globalización en que vivimos? ¿un proceso que, además, sería tanto económico como tecnológico y cultural?

Si volvemos ahora a ese final del siglo pasado al que inevitable y razonablemente acuden con frecuencia estos mismos autores, nos daremos cuenta de que ya entonces el cambio tecnológico había sido espectacular, sobre todo durante los treinta años anteriores al final de siglo. Al margen de muchos otros aspectos, ese cambio se había manifestado, fundamentalmente, en una aceleración sin precedentes de los sistemas de transporte que, desde hacía algún tiempo, estaban fomentando un impresionante desplazamiento de población —y muy particularmente de la población europea— hacia todas las partes del mundo. El viaje podía ser caro o barato pero, de cualquier manera, se contaba con una imponente red de servicios ferroviarios y marítimos que facilitaban mucho la movilidad. A ello habría que añadir, además, el hecho de que los trámites y documentos necesarios para desplazarse fueran relativamente escasos. Puede que a los lectores de finales del siglo XX esta circunstancia les resulte particularmente chocante, pero el caso es que, tanto en los diarios como en otros testimonios de ese período, rara vez se menciona la palabra pasaporte al tratar el tema de los viajes internacionales. Aquellos individuos cuya experiencia formativa sobre el fenómeno del desplazamiento de las poblaciones había tenido lugar durante el período anterior a la Primera Guerra Mundial suelen hacer referencia a lo mucho que se complicarían las cosas en los años posteriores. Lo cierto es que, a pesar de lo lentos que nos parecen los viajes de la década de los 90 del siglo pasado en comparación con los actuales, en muchos aspectos la libertad de movimientos era entonces mayor que ahora. Lo que es más, había entonces muchos lugares en los que se valoraba muy positivamente la afluencia de aquella población europea —e incluso, en ocasiones, también de la no-europea— cuyo objetivo era asentarse en el nuevo país. En cuanto a la transferencia de información, aunque se producía con más lentitud que en

la actualidad, no por ello dejaba de ser bastante ágil. Como miembro de un grupo de historiadores que se están ocupando de analizar la percepción que se tenía en Europa del conflicto hispano-norteamericano, una de las cosas que más me han sorprendido es la rapidez con que se podía disponer de una información detallada de la guerra. El margen de tiempo que transcurría entre el desarrollo de los acontecimientos en el Caribe o en el Pacífico y el momento en que el lector europeo tenía acceso a información sobre los mismos era muy corto. Puede que el telégrafo nos parezca un medio de comunicación primitivo, pero lo cierto es que cumplía eficazmente su tarea como difusor de noticias. Quizás el problema reside en que nos dejamos impresionar en demasía por la gran variedad de medios de comunicación que existen en la actualidad (podemos leer la prensa vía internet, escuchar la radio o ver uno de nuestros múltiples canales de televisión, etc.), sin darnos cuenta de que las noticias a las que accedemos suelen ser siempre las mismas, aunque difundidas por una gran diversidad de medios.

Se me dirá que estoy pasando por alto uno de los elementos clave del proceso de globalización de finales del siglo XX: la creación de una economía consumista a escala global, dominada por una serie de compañías multinacionales capaces de escapar a cualquier tipo de control por parte de los gobiernos. Sin duda hay mucho de verdad en ello pero, no obstante, quisiera hacer dos puntualizaciones. Por ejemplo, ¿cuál es el equivalente en la actual economía global del sistema del patrón oro de hace un siglo? Por más polémico y problemático que resultara —con consecuencias que afectaban a países tan diversos como la India o los Estados Unidos—, lo cierto es que, durante el último cambio de siglo, tal sistema gozó de un breve período de apogeo. En su caso nos encontramos, sin duda, ante un fenómeno de carácter global. En segundo lugar, me gustaría indicar que —como ya señalara con toda claridad Alfred D. Chandler— la mera lectura de la lista de empresas norteamericanas que en 1900 dirigían su producción a un mercado de consumo de masas, puede llevarnos a reflexiones muy interesantes. Tal lista incluía empresas como American Tobacco, Quaker Oats, Pilsbury Flour, Campbell Soup, Heinz, Borden, Carnation, Libby, Proctor and Gamble e Eastman Kodak.

Por mera cuestión de sensatez, los historiadores deberían de darse cuenta de que, al igual que les ocurre a muchos otros comentaristas, tampoco ellos se hallan libres de esa tendencia a considerar que el mundo en el que viven es radical y profundamente distinto al de hace un siglo. No obstante, también es cierto que, con frecuencia, tales dudas sobre la modernidad de nuestro mundo —o, si se quiere, sobre su postmodernidad— caen fácilmente en el mero cliché. ¿La botella está medio llena o medio vacía? ¿Qué es lo que verdaderamente caracteriza la historia humana, el cambio o la continuidad? Pero también es posible, dado que tanto Schmidt-Nowara como Langhorne comparten el mismo interés por el tema, ilustrar este aspecto acudiendo a un caso particular. Me refiero, una vez más, a la cuestión del imperialismo. A este respecto es interesante subrayar que, en su mayor parte, las polémicas en que los historiadores actuales se enzarzan al tratar el tema, no hacen sino reflejar aquéllas que se produjeron a principios de siglo, cuando el imperia-

lismo se encontraba en su máximo esplendor. Es verdaderamente difícil encontrar una crítica del imperialismo hecha desde el presente que no se hubiera ya planteado en aquella época. Me doy cuenta de que esto resultará muy descorazonador para los historiadores ambiciosos, pero lo cierto es que tal circunstancia suele ser muy habitual en lo que respecta a un buen número de temas. Es verdad que, a lo largo de este siglo, algunas de estas críticas han adquirido una posición dominante durante un determinado período de tiempo, y, sin duda, tratar de comprender porque ha sido así constituye una tarea fascinante para un historiador. Sin embargo, no es menos cierto que tales críticas son contemporáneas a los acontecimientos y no fruto de la tarea de historiadores posteriores. Al menos en lo que respecta a aquellos enfoques que podríamos calificar de “hostiles” al imperialismo, se puede decir que casi todos los estudios actuales no son sino glosas a las obras de Hobson y Lenin.

Del mismo modo que hace cien años otros se acercaron a su fin de siglo, ahora nos toca el turno a nosotros. En su momento, ellos estaban tan firmemente convencidos como nosotros lo estamos de estar viviendo en un mundo radicalmente distinto al de sus antepasados. Puede que tuvieran razón, y quizás también la tengan aquellos que se manifiestan en ese mismo sentido a medida que nos acercamos al año 2000. En cualquier caso, yo tengo serias dudas al respecto. Me atrevería incluso a indicar que una de las aportaciones más útiles que los historiadores, mejor que cualquier otro grupo de profesionales, podemos hacer, consiste precisamente en atenuar ese énfasis desmedido en la novedad de la globalización, esa fascinación por lo que parece diferente, espectacular y postmoderno. Concluiré, dada la fecha, con la consabida referencia a la ceremonia de entrega de los Oscar. El “Titanic” era una máquina prodigiosa que reflejaba el carácter radicalmente global de las ambiciones de una serie de hombres de negocios y banqueros del período anterior a la Primera Guerra Mundial, a la cabeza de los cuales se encontraba un líder verdaderamente formidable. En mi opinión, los logros y ambiciones de un personaje actual como Murdock apenas si pueden hacer sombra en lo que a carácter global se refiere a los logros y planes de un J.P. Morgan.

John S. ICKRINGILL

Traducción: Borja GARCÍA BERCERO

* * *

1. Christopher Schmidt-Nowara ha elegido en su acercamiento a la España colonial del siglo XIX una perspectiva de *caso* inscrita en el contexto implícito de una historia general comparada. Reclama como apoyatura teórica un enfoque *poscolonial* (frecuente y extendido en la historiografía anglosajona), en cualquiera de cuyas variantes se pone de relieve la creciente importancia historiográfica de factores textuales, hermenéuticos y de representación.

Enfoca su argumento, en concreto, partiendo del objeto general de franquear, en la interpretación, divisiones tajantes entre “los que dominan” y los “dominados”, que deberían dejar de ser considerados, respectivamente, sujetos *activos* y sujetos *pasivos* de la colonización. Sin mencionar dónde podrían hallarse, en la historiografía actual considerada, enfoques de esa índole, en cambio propone el autor — como “más útil”— la relectura de la actuación colonial española en la Cuba del siglo XIX, vuelta sobre “las alianzas fluctuantes de las distintas facciones de las sociedades cubana y española”.

No creo haber propuesto cosa diferente —si bien difusamente, por lo visto— en más de quince años, en cuanto a lo que se propugna a este respecto aquí. Por lo cual me complace en grado sumo la compleja propuesta que ofrece Schmidt-Nowara. Otra cosa distinta es, sin embargo, que aproveche el autor para traerla aquí.

2. En cuanto al texto elaborado por Richard Langhorne, es sin duda un brillante conjunto de elementos de tipo particularizador, clásicos en su análisis de la política exterior europea sobre el pasado siglo, junto a otros, generalizadores, que proceden en cambio de enfoques sociográficos y politológicos bastante más recientes, y que se ocupan de explicar la evolución histórica de los estados y su dinámica de interacción.

Su línea argumental va punteando cuidadosamente trayectos rectilíneos (de casos, de actuaciones, de acontecimientos concretos y precisos) en los que la política exterior de los Estados, llegado el fin del siglo —y en contra de lo sostenido por interpretaciones de inspiración marxista más o menos confesa, eludidas en cambio en la mención—, iría prescindiendo poco a poco del colonialismo territorial como un factor de peso e incidencia. Un planteamiento, pues, ya muy desarrollado en trabajos anteriores del autor.

A pesar de las crisis coloniales, a pesar de las frecuentes guerras en territorios “de ultramar” creyendo que eran las colonias las que daban poder, y no a la inversa como realmente sucedía, la situación habría dado un vuelco por completo. La política exterior de la llamada “era del imperialismo” poco tendría que ver, en realidad, con la expansión territorial ultramarina, la cual vendría a decaer vertiginosamente, perdiendo de inmediato peso y proporción.

Residuo, pues, de etapas anteriores, con sus cargas pesadas de llevar, venida a ser un espejismo de *modernización* o, simplemente, elemento retórico de movilización social y de expresión de la ciudadanía, lo que más importaría entonces sería en cambio la formación de estados territoriales lo más *amplios* posible y *continuos*, siempre con grado suficiente de cohesión interior. Como correspondía a los

patrones nuevos de globalización. Las colonias se habrían convertido en “verdadero estorbo” o, por lo menos, en una “distracción” para el estado territorial unido, que debía permanecer en tanto libre de cualquier tipo de restricción.

En la constante interacción de los dos grandes sistemas superpuestos, el *global* y el *regional*, hay que inscribir los conflictos mundiales (cosa bastante fácil de probar). Nunca en cambio serían de importancia real las refriegas y adquisiciones coloniales en la negociación político-internacional. Para probarlo, aduce Langhorne la “crisis del ultimátum” en Portugal (caso tratado aquí, todo hay que decirlo, sin que quepa en el juego de las grandes potencias la consideración concreta del interés posible del propio Portugal).

Si las grandes potencias entraban en el juego de la ruleta colonial de modo periférico, y si las cosas en Extremo Oriente venían gobernadas por “su propia lógica”, todo en el texto viene a sugerir (aunque no se haga explícito) que, al menos entre 1898 y 1904, la política colonial de los estados serviría más bien de cohesión entre potencias fuertes, siempre y cuando estuvieran a la busca de acuerdos, que —como se dijera— de división. Un triunfo evidente de la *globalización*.

3. Vuelvo a insistir en la coherencia lógica presente en la estructura del texto de Langhorne, y en su magnífica resolución. Tras una introducción eficaz y directa, tejida sobre el cañamazo que da la perspectiva de un siglo “breve”, el XX —abierto tardíamente en el año 14 y, supuestamente, concluido en el 89, precisamente cuando “el gran estado territorial ha dejado de cumplir su misión”—, aplica Richard Langhorne esa luz cenital, de foco fijo, sobre “las circunstancias en que tuvo lugar el surgimiento” de los estados en este punto y hora *declinantes* y, antes, *integrados*. Destaca en el conjunto el argumento de que, entre las potencias, tan sólo Rusia podría prosperar —no el Imperio británico—, al poseer “el grado de integración geográfica necesario”.

Importante, posiblemente, esa retrospectiva a propósito del valor geopolítico de las colonias para insertar en ella —en términos extensos— una lectura nueva del 98 español, es lástima por eso que el final del imperio insular resultara, con el procedimiento que utiliza Langhorne, del todo periférico a aquel eje central que, formalmente, se clausura y se obstina sobre Europa. (Aunque no deje de tener en cuenta —y no accidentalmente, si estoy en lo cierto—, a Rusia —cuya mitad es Asia— y, también, al Japón).

Ausentes del relato los Estados Unidos —salvo por lo que se refiere a los efectos, a título de ejemplo, de la guerra en Vietnam—, la pérdida de Cuba y Puerto Rico —nunca traída aquí, ni de modo indirecto— habría de ser sólo, como mucho, una minúscula situación particular, irrelevante en el proceso entero. No logramos siquiera adivinar cuál sería la opinión de Richard Langhorne a propósito del efecto de alivio que acarrearía a España el hecho favorable de no tener, al fin, que ocuparse de colonias, especialmente de cara a la preservación —tan necesaria— de su cohesión interior y de su integridad territorial.

Añado todavía que, en la argumentación, tampoco en ningún otro momento ni lugar, parece haber jugado España ningún papel. Ni siquiera a la hora de conformarse los imperios coloniales en la edad moderna, y ya que no, obviamente, en el proceso de marginalización de actores del pasado que, por su parte, impulsa la globalización. Sorprende más acaso, todavía, el mínimo papel asignado a la política exterior de los Estados Unidos —mas no a su opinión pública—, de manera que resulta este factor una especie de argumento *a contrario*, traído solamente para encontrar cabida a movimientos anticoloniales y a su lógica propia, independiente.

Curiosa es igualmente —aunque poco aprovechable si pensamos en la idea imperante en la historiografía (al menos en la nuestra), de la incidencia de la guerra de Cuba en el refuerzo del nacionalismo español (otra cosa sería hacia qué dirección y con qué consecuencias)— la afirmación de Langhorne, tan rotunda, de que “el tema de la expansión del imperio, e incluso el de su defensa, estaban a punto de perder su eficacia como elementos de propaganda que los gobiernos podían destinar al consumo interno”. Me permito reclamar la atención del lector también, para finalizar, sobre el aserto de que la expansión colonial del fascismo italiano —y aludo a él porque el autor lo hace de manera explícita— pueda considerarse, más allá de matices o de comparaciones, tan sólo la excepción que confirma la regla.

4. Por su parte, el texto de Christopher Schmidt sobre el “mito del imperio” y la España del final de siglo, anuncia prontamente en la introducción cuál ha de ser el contenido empírico de su argumentación teórica *poscolonial*: ciertos textos del republicano español y autonomista cubano Rafael María de Labra, sobre cuya estrategia —siempre tendente a la conservación de las Antillas para España— elabora el autor de este trabajo el núcleo duro de su razonamiento, para acabar desembocando en fin en la supuesta vigencia de ese mito, que ahora sería *neocolonial*.

Presuntamente dirigido el texto, en su origen, a un público de historiadores norteamericano ajeno a la historia de Cuba, igual que a la de España, y prescindiendo de tomar en cuenta ni siquiera un fragmento significativo —con la excepción notable de Fradera— de cuanto se haya escrito al respecto hasta hoy —en cualquiera de las dos historiografías a las que afecta la situación tratada, cubana o española—, urge explicar que la fuerte sugestión que en algunos pudiera producir este intento cerrado y sin fisuras, procede, en mi opinión, de su carácter “ficcional” y simbólico, deliberadamente ajeno a la vida conflictiva y la práctica política, tan ricas ambas y tan contradictorias, de la que fuera todavía “Cuba española” después del Zanjón.

No hay, por tanto, atención, siquiera mínima, a la batalla abierta —un día tras otro— entre partidos de la isla de Cuba (y al conflicto perpetuo de éstos con los de aquí), por lo cual aparece levitando, carente del arraigo de actuaciones y votos —de dinero y esfuerzo, nada parvos, consiguiendo unas actas y unos resultados—

que tuvo, sin embargo, permanentemente, el pertinaz discurso reformista, españolista siempre —aunque liberal—, del aburrido e incansable Labra.

Coincido con Schmidt, y cómo no, en destacar el fuerte apoyo interno del que sabría beneficiarse España —no sólo entonces, desde luego, ni sólo porque Labra le prestara su voz y su palabra huecas—, en la elaboración de eso que Schmidt-Nowara califica, sin definir sus rasgos, el “mito” liberal. Un asunto importante sobre el que, ciertamente, habría de volver aún mucho más ahora, si es que no dispusiera de espacio limitado. Resulta, sin embargo, que apenas queda clara —al menos en el texto del autor que comento— cuál vino a ser la tarea específica y la contribución de un personaje como Rafael María de Labra en esta larga proyección, constante, de aporías en rosario que afectó seriamente al desarrollo evolutivo del liberalismo español.

Difícilmente, a mi modo de ver, lograría extenderse hasta el final del siglo —por más que Labra llegue a aquel 98 sin cesar un momento su combate, que es combate *político* en toda dimensión—, aquello que, entendido de una manera extensa y colectiva, resulta en cambio ser parte inseparable, intrínseca, de un proceso político nacido en el Sexenio y al que se da la vuelta, por completo, en la Restauración. Es más, un proceso que vendría a informar las tímidas alternativas existentes a la política colonial de la Restauración. Y que pervive en ella, todo el tiempo, como residuo activo de aquellas prácticas y de aquellas ideas, liberal-democráticas, que quedan reducidas a las filas mermadas de cuanta oposición no quedara integrada en el turno de partidos. Explicar que, en principio, el *modelo* del *mito* de esa “común historia” —que cobró vida al hilo de la guerra frustrada por la independencia, tras el 68— era la autonomía canadiense, y decir que procede del ovillo apretado de ideas “democráticas” (y, especialmente, de sus fuentes de inspiración americanas), no hubiera estado mal.

¿Cabría, en fin, en esa perspectiva poscolonial —que yo denominaría aquí, sencillamente, un enfoque interaccionista— la entrada de un tercero para explicar la acción...? Apenas es posible, a mi modo de ver, entender punto alguno de lo que dice Labra, si no es desde aquel ángulo por el que va observando, mientras vive, cómo es que otros países consiguen prolongar la colonización, y hasta quizá aumentarla, si es que hallan fortuna. Y cómo la creciente presencia estadounidense en las Antillas se apropia día a día de ciertos ejes culturales de la situación. Ante esto que sinceramente le preocupa, resultaría que España, rígida y torpe como en ningún momento, ¡se resistía incomprensiblemente a usar la razón...! Mas nada hay en nuestro argumento sometido a análisis —conviene subrayarlo— que evocara siquiera el valor ejemplar del modelo político norteamericano sobre algunos cubanos de la época, Labra entre ellos en lugar principal.

¿Qué hay además —como última objeción— del mito aquél, tras la derrota del 98, a corto o medio plazo...? ¿Cómo explicar, así, su posible duración hasta hoy mismo...? Pues sabemos ya cosas suficientes a propósito del contexto social e intelectual en que hubo de desenvolverse, en Cuba o fuera de ella, la idea de la “hispanidad”, Schmidt-Nowara bien habría podido reparar en ella, siquiera fuese

brevemente y como contrapunto de su rizo brillante y conclusivo. Al menos para así, por una vez tan sólo, no dejar en suspenso voluntariamente toda noción posible de historicidad.

Y quiero decir esto con cordialidad, porque he de resaltar el profundo interés que se deriva del oportuno toque de atención que un historiador joven, como Schmidt-Nowara, sitúa frente a la práctica, más o menos reciente, que afectaría a este asunto. Eludiendo, no obstante, el análisis político, no siempre será fácil a los historiadores volver a la política por la puerta de atrás...

Elena HERNÁNDEZ SANDOICA